

Juan de Hierro

Érase una vez un rey que tenía cerca de su castillo un gran bosque, y en aquel bosque había toda clase de caza. Un día envió a ese bosque a un guardabosques, quien debía dispararle una cabra salvaje, pero el guardabosques no regresó. «Quizás le haya ocurrido alguna desgracia», dijo el rey, y al día siguiente envió tras él, en su búsqueda, a dos guardabosques; pero tampoco ellos volvieron.

Entonces el rey, al tercer día, reunió a todos sus guardabosques y dijo: «Debéis registrar todo el bosque y no regresaréis ante mí hasta que hayáis encontrado a esos tres». Pero ninguno de estos volvió tampoco, ni siquiera uno de la jauría de perros que habían llevado consigo regresó a casa.

Desde entonces nadie se atrevía ya a entrar en aquel bosque, y éste quedó silencioso y solitario; de vez en cuando sólo un águila se elevaba sobre él o un halcón remontaba el vuelo.

Así pasaron muchos años, y de repente se presentó ante el rey un guardabosques extranjero, pidió entrar a su servicio y se ofreció a adentrarse en aquel peligroso bosque.

El rey no quiso dar su consentimiento y dijo: «En ese bosque no hay limpieza, y temo que te ocurra lo mismo que a los que allí perecieron, y que tú tampoco salgas de él». El guardabosques respondió: «Señor, quiero intentarlo bajo mi propia responsabilidad, pues nunca he sentido miedo».

Así pues, se fue con su perro al bosque. Poco después el perro dio con la pista de una bestia y quiso seguirla; pero apenas hubo dado dos pasos, se encontró frente a una charca profunda y no pudo avanzar ni un paso más, y de la charca surgió una mano desnuda, agarró al perro y lo arrastró hacia aquella misma charca.

Al ver esto, el guardabosques regresó, trajo consigo a otras tres personas y les obligó a vaciar toda aquella charca cubo a cubo. Cuando hubieron llegado hasta el fondo, vieron en él a un hombre salvaje, de piel oscura como el hierro oxidado, y tan cubierto de pelo que éste le colgaba hasta las rodillas. Lo ataron con cuerdas y lo llevaron al castillo. Todos se maravillaron de aquel hombre salvaje, y el rey ordenó encerrarlo en una jaula de hierro en su patio y prohibió, bajo pena de muerte, abrir la puerta de la jaula, entregando la llave para su custodia a la propia reina.

Y desde entonces todos pudieron entrar libremente en aquel bosque.

El rey tenía un hijito de unos ocho años, que un día jugaba en el patio, y durante el juego su pelota de oro cayó dentro de aquella jaula. El niño corrió hacia la jaula y dijo al hombre salvaje: «Devuélveme mi pelota». «Sólo te la devolveré», respondió aquél, «cuando me abras la puerta». «No», dijo el niño, «eso no lo haré: el rey lo ha prohibido», y echó a correr.

Al día siguiente volvió de nuevo y exigió su pelota. El hombre salvaje le respondió: «Abre la puerta», pero el niño no quiso hacerlo.

Al tercer día, cuando el rey se había ido de caza, el niño vino otra vez y dijo: «Aunque quisiera, no puedo abrir; no tengo la llave». El salvaje le dijo: «Está debajo de la almohada de tu madre; allí puedes tomarla».

El niño, deseoso de recuperar su pelota, hizo caso omiso de todo y trajo la llavecita.

La puerta se abría con dificultad; el niño, al abrirla, incluso se pilló un dedo, y cuando hubo abierto la puerta, el salvaje salió de la jaula, le devolvió la pelota y se alejó apresuradamente. El niño se asustó. Comenzó a gritar tras el salvaje: «¡No te vayas, hombre salvaje, si no, me caerá una bronca por tu culpa!».

Éste regresó, lo levantó, lo sentó sobre su hombro y se adentró rápidamente en el bosque.

Cuando el rey regresó y vio la jaula vacía, preguntó a la reina cómo podía haber sucedido aquello. Ella nada pudo explicar, buscó la llavecita, pero había desaparecido. Llamó a su hijo, y no hubo respuesta.

El rey envió gente en su búsqueda, pero no lograron encontrar al príncipe. Entonces el rey comprendió de qué se trataba, y una gran tristeza se apoderó de la corte real.

Cuando el hombre salvaje regresó de nuevo a su espeso bosque, bajó al niño y le dijo: «Ya no volverás a ver a tu padre ni a tu madre, pero yo te tendré conmigo; tú me liberaste, y debo compadecerme de ti. Si haces todo lo que yo te ordene, vivirás bien. Tengo tesoros y oro de sobra, más que nadie en el mundo».

Le preparó una camita de musgo, y el niño se durmió en ella, y a la mañana siguiente el salvaje lo llevó junto a un pozo y le dijo: «Mira, este manantial dorado es claro y transparente como el cristal; debes sentarte junto a él y vigilar atentamente para que nada caiga dentro del pozo, pues de lo contrario quedará profanado. Cada noche vendré aquí a comprobar si has cumplido mi mandato».

El niño se sentó junto al manantial y comenzó a contemplar los pececillos dorados y las serpentecillas doradas que brillaban en su interior, vigilando constantemente para que nada cayera en aquel pozo.

Y mientras estaba así sentado, de repente le dolió el dedo, tanto que involuntariamente lo metió en el agua.

Lo sacó rápidamente del agua, pero vio que su dedo se había quedado todo dorado, y por mucho que intentó frotar aquel oro de su dedo, todo fue en vano.

Por la tarde regresó el hombre salvaje (y se llamaba Hans de Hierro), miró al niño y dijo: «¿Qué ha ocurrido con el manantial?». «Nada», respondió el niño, ocultando tras la espalda la mano con el dedo dorado para que no la viera. Pero Hans de Hierro dijo: «Has mojado el dedo en el agua; esta vez te lo perdono, pero ten cuidado: no dejes caer nada más ahí dentro».

Al día siguiente, muy temprano, el niño volvió a sentarse junto al pozo y lo custodió.

Y de nuevo le dolió el dedo; se pasó la mano por el cabello, y entonces, para su desgracia, un cabello de su cabeza cayó en el pozo. Rápidamente sacó aquel cabello, pero también el cabello se quedó completamente dorado.

Hans de Hierro llegó y ya sabía lo ocurrido. «Has dejado caer un cabello en el manantial», dijo, «y una vez más te lo perdono, pero si por tercera vez ocurre algo semejante, el manantial quedará profanado y ya no podrás permanecer más tiempo conmigo».

Al tercer día el niño estaba sentado junto al manantial y no se atrevía ni a moverse, aunque el dedo le dolía muchísimo. Pero el aburrimiento lo atormentaba, y comenzó a mirar el agua como si fuera un espejo. Se inclinaba una y otra vez para examinar bien sus ojos, y de repente algunos mechones de su largo cabello, resbalando de sus hombros, tocaron el agua.

Se levantó de un salto, pero ya todos los cabellos de su cabeza se habían dorado y brillaban como el sol. ¡Puede imaginarse cuán asustado quedó el niño! Se vendó la cabeza con un pañuelo para que el salvaje no pudiera ver su cabello.

Pero cuando éste llegó, ya lo sabía todo. «Quítate el pañuelo de la cabeza», dijo.

Entonces los cabellos dorados cayeron sobre los hombros del niño, y por más que intentó disculparse, nada pudo hacer.

«No has superado la prueba», le dijo el salvaje, «y no puedes permanecer aquí por más tiempo. Vete por el mundo y conoce lo que es la pobreza. Pero como tu

corazón no es malvado y te deseo el bien, te concedo una cosa: si te ves en necesidad, acércate al bosque y grita: "¡Hans de Hierro!", y yo saldré a tu encuentro y te ayudaré. Mi fuerza es grande, mucho más de lo que piensas; y tengo plata y oro de sobra».

Así pues, el príncipe salió del bosque y caminó por caminos transitados y no transitados, cada vez más lejos, hasta que finalmente llegó a una gran ciudad. Buscó trabajo, pero no pudo encontrarlo, y además no había aprendido ningún oficio con que ganarse el sustento.

Finalmente fue al castillo y preguntó si deseaban tomarlo a su servicio. Los sirvientes de la corte no sabían ellos mismos para qué podría servirles, pero les agradó y le ordenaron quedarse. Finalmente el cocinero lo tomó a su cargo: para acarrear leña y agua y retirar la ceniza.

Un día, cuando no había nadie más a mano, el cocinero le ordenó llevar la comida a la mesa del rey, y como el joven no quería mostrar al rey sus cabellos dorados, al servir los platos no se quitó la gorra de la cabeza.

Nadie se había atrevido jamás a presentarse así ante el rey, y éste dijo: «Cuando te presentas ante la mesa real, debes quitarte tu gorrita». «Ay, señor», dijo el niño, «no puedo quitármela, porque tengo una costra supurante en la cabeza». Entonces el rey llamó al cocinero, lo regañó y le preguntó cómo podía admitir en su cocina a tal muchacho. «¡Échalo inmediatamente!». Pero el cocinero se compadeció del niño y lo intercambió con el jardinero.

Así pues, al príncipe le tocó plantar y regar en el jardín, cavar y rastrillar, y soportar el viento y el mal tiempo.

Un día de verano, cuando trabajaba en el jardín completamente solo, hacía tanto calor que se quitó la gorra para refrescar un poco la cabeza.

Y así brillaron

sus cabellos al sol, de modo que los rayos de ellos llegaron incluso hasta el dormitorio de la princesa, y ella se incorporó en la cama para ver qué era aquello que brillaba tanto.

Entonces vio al muchacho y le gritó: «¡Eh, muchacho! Tráeme un ramo de flores».

Él se puso apresuradamente su gorrito, arrancó flores silvestres del campo y las ató en un manojo.

Comenzó a subir con ellas la escalera y se encontró con el jardinero. «¿Qué se te ha ocurrido traerle a la princesa unas flores tan miserables? Ve ahora mismo a

traer otras y elige las más hermosas y las más raras». —«¡Ah, no! —dijo el muchacho—. Las flores silvestres huelen mejor y le gustarán más».

Cuando llegó a su habitación, la princesa dijo: «Quítate tu gorrito; no debes estar ante mí con sombrero». Él le respondió lo mismo: «No me atrevo a quitármelo; tengo toda la cabeza llena de costras». Pero ella le agarró el gorrito y se lo arrancó, y sus cabellos dorados cayeron sobre sus hombros, de modo que era un deleite mirarlos.

Él quiso echar a correr, pero la princesa lo sujetó de la mano y le dio un puñado lleno de monedas de oro. Él se marchó de junto a la princesa, pero no hizo caso alguno de aquel oro, se lo llevó al jardinero y dijo: «Dáselo a tus hijos, que jueguen con él».

Al día siguiente la princesa lo llamó de nuevo, ordenándole traer un ramo de flores silvestres, y cuando él apareció con las flores, ella inmediatamente le agarró el sombrero y quiso arrancárselo, pero él lo sujetó firmemente con ambas manos.

Y otra vez le dio ella un puñado de monedas de oro, y él volvió a entregárselas a los hijos del jardinero.

Y al tercer día ocurrió lo mismo; ella no pudo quitarle el sombrero, y él no quiso tomar su dinero.

Poco tiempo después estalló una guerra en aquel país.

El rey reunió sus tropas, pero no sabía si lograría vencer al enemigo, que era fuerte y tenía un ejército grande.

Entonces dijo el muchacho: «Ya soy adulto y también quiero ir a la guerra; dadme solamente un caballo». Los demás sirvientes se reían de él y decían: «En cuanto nos hayamos ido, busca tú mismo un caballo: te dejaremos un caballo en el establo».

Cuando ellos se hubieron marchado, él fue al establo y apenas logró sacar para sí un caballo del establo: el caballo estaba flaco y cojeaba de una pata. El muchacho, sin embargo, montó sobre él y cabalgó hacia el bosque espeso.

Al llegar al borde del bosque, el muchacho gritó tres veces: «¡Juan de Hierro!», y tan fuerte que el eco respondió en el bosque.

Inmediatamente se le presentó el hombre salvaje y le preguntó: «¿Qué deseas?» —«Deseo un buen caballo para ir a la guerra». —«Obtendrás lo que deseas —respondió Juan de Hierro—, e incluso más de lo que pides».

Volvió a su bosque, y poco después salió del bosque un mozo de cuadra y llevó de la rienda un caballo que resoplaba por las narices y que era difícil de contener; y detrás del mozo, todo un escuadrón de hombres armados, cubiertos de hierro, y sus espadas brillaban al sol. El muchacho entregó al mozo su caballo de tres patas, saltó sobre el caballo veloz y cabalgó al frente del escuadrón.

Cuando se acercaron al campo de batalla, la mayor parte del ejército real había sido exterminada y los restantes ya casi se preparaban para retirarse.

Entonces el muchacho cayó con sus hombres armados, se lanzó como una tormenta contra los enemigos y destrozó todo lo que osó oponérsele. Los enemigos quisieron huir, pero él los persiguió por todas partes pisándoles los talones y solo se detuvo cuando de los enemigos no quedó ni rastro.

Pero en lugar de ir hacia el rey, condujo su escuadrón por caminos rodeados hacia el bosque y llamó de nuevo a Juan de Hierro. «¿Qué deseas?» preguntó el hombre salvaje. «Toma tu caballo y tus hombres armados, y devuélveme mi caballo de tres patas».

Todo sucedió tal como el muchacho deseó, y él regresó montado en su caballo de tres patas hacia el castillo.

Cuando el rey volvió a casa, su hija salió a su encuentro y lo felicitó por la victoria. «No fui yo quien venció —dijo el rey—, el vencedor fue un caballero extraño que vino en mi ayuda con su escuadrón».

La hija quiso saber quién era aquel caballero extraño, pero el rey tampoco lo sabía. Dijo: «Vi cómo perseguía al enemigo, y luego desapareció de mis ojos».

La princesa preguntó al jardinero por su ayudante; este se echó a reír y dijo: «Acaba justamente de regresar a casa montado en su caballo de tres patas».

Y los otros sirvientes también se reían todos de él y gritaban: «Ahí viene nuestro héroe montado en Cojitranca». Además le preguntaban: «¿Detrás de qué cerca estuviste tumbado, acurrucado?» Pero él les respondía: «Yo me distinguí mejor que todos, y sin mí os hubiera ido mal». Bueno, aquellos se pusieron aún más a reír.

El rey dijo a su hija: «Organizaré una gran fiesta, que deberá durar tres días, y tú en esa fiesta arrojarás una manzana de oro: quizás venga aquel caballero extraño y recoja tu manzana».

Cuando se anunció aquella fiesta, el muchacho fue al bosque y llamó a Juan de Hierro. «¿Qué deseas?» preguntó este. «Deseo obtener la manzana de oro de la princesa». —«¡Considérala tuya! —dijo el hombre salvaje—. Y además esto:

recibirás de mí una armadura roja y acudirás a la fiesta montado en un excelente caballo alazán».

Cuando llegó el día de la fiesta, el muchacho se mezcló entre la multitud de caballeros y nadie lo reconoció.

La princesa salió ante los caballeros y les arrojó la manzana de oro; pero solo logró atraparla el muchacho, quien, apenas la hubo obtenido, desapareció inmediatamente.

Al día siguiente Juan de Hierro vistió al muchacho con una armadura blanca y le dio un caballo overo. Otra vez obtuvo la manzana, y apenas la hubo agarrado, se alejó galopando con ella.

El rey se enfadó por esto y dijo: «¡No está permitido actuar así! Debe presentarse ante mí y decir su nombre». Y dio esta orden: «Si el caballero que atrapó la manzana intenta de nuevo escapar galopando, hay que perseguirlo, y si no quiere volver voluntariamente, hay que cortarlo y apuñalarlo».

Al tercer día de la fiesta, el príncipe recibió de Juan de Hierro una armadura negra y un caballo tordillo, y nuevamente atrapó la manzana. Cuando pensó escapar galopando con ella, los hombres del rey lo persiguieron, y uno se le acercó tanto que le hirió la pierna con la punta de la espada.

El príncipe logró nevertheless escaparse de ellos, pero mientras tanto su caballo volaba tan furiosamente que el yelmo se le cayó de la cabeza y vieron que sus cabellos eran dorados. Con esto volvieron atrás e informaron de todo al rey.

A la mañana siguiente la princesa preguntó al jardinero por el muchacho. «Trabaja en el jardín —respondió este—. Es un tipo extraño; también estuvo en la fiesta y regresó muy tarde por la noche: nos mostró tres manzanas de oro que ganó en la fiesta».

El rey lo mandó llamar, y él apareció una vez más con su gorrito, pero la princesa se lo arrancó inmediatamente, y sus cabellos dorados cayeron sobre sus hombros en suaves rizos, y era tan hermoso que todos quedaron maravillados.

«¿Eres tú aquel caballero que durante los tres días se presentó en la fiesta con armaduras de diferentes colores y atrapó las tres manzanas?» preguntó el rey. «Sí —respondió el muchacho y sacó del bolsillo tres manzanas de oro, y se las entregó al rey—. Y si necesitáis más pruebas, aquí está la herida que me causaron vuestros hombres durante la persecución. Yo soy también el caballero que os ayudó a lograr la victoria sobre los enemigos». —«Si eres capaz de realizar tales hazañas, no eres ayudante de jardinero: dime, ¿quién es tu padre?» —«Mi padre es un poderoso rey,

y tengo tanto oro como el alma pueda desear». —«Veo —dijo el rey—, y te estoy obligado. ¿Qué puedo hacer por ti para complacerte?» —«Sí, esto está en vuestro poder: dadme a vuestra hija por esposa».

Entonces la princesa se echó a reír y dijo: «¡Va directamente al grano! Bueno, ya hace mucho que por sus cabellos dorados sospeché que no era un simple trabajador», y, acercándose a él, lo besó.

Para el compromiso llegaron su padre y su madre, y no podían dejar de alegrarse, porque ya habían perdido toda esperanza de volver a ver algún día a su hijo.

Y cuando todos estaban sentados a la mesa de la boda, de repente la música enmudeció, las puertas se abrieron de par en par, y un importantísimo rey entró en el salón con numeroso séquito.

Se acercó directamente al muchacho, lo abrazó y dijo: «Yo soy Juan de Hierro y estaba encantado bajo la figura de un hombre salvaje, pero tú me libraste del hechizo. Todos los tesoros de los que poseo deben ahora ser tuyos...»

¡Menuda alegría hubo entonces, menudo ruido y diversión, menuda dulzura en el banquete y tanta resaca también!